

SECRETOS

(Fragmento)

El Park Kulturi, o de Gorki, antiguo parque de los zares, se extiende a lo largo de la orilla meridional del Moskova, abarcando una superficie superior a las cien hectáreas. En su interior hay un bello palacete, frente al cual se encuentra un banco muy determinado que sirvió durante muchas tardes a Tatiana y a Andrés como punto de encuentro. Aquel día, casi diez años después de que se citaran por primera vez en ese lugar, también el banco fue el lugar donde Andrés estuvo sentado durante unos minutos, a la espera de que llegara Tatiana.

Ella apareció al fin por el camino que llegaba del puente Krymskij, abrigada con una gabardina gris y sosteniendo un paraguas plegado de color azul. Andrés observó con detenimiento cómo se acercaba en seguida su memoria le hizo retroceder a aquellos días de su estancia en Moscú, en los que se dedicaba por las mañanas a ordenar su trabajo como corresponsal y por las tardes a conocer la ciudad en compañía de la guía que le asignara la agencia Inturist. Una guía preciosa, llamada Tatiana Maruskaia, que no tuvo inconveniente en prorrogar indefinidamente sus labores de acompañante, una vez concluida su tarea oficial.

Con una sonrisa inconsciente en sus labios, Andrés recordó cómo en un principio temía que esa mujer tan sensual fuera en realidad una agente de la KGB. Había oído hablar mucho de las audaces “golondrinas” del servicio secreto soviético, mujeres de una belleza extraordinaria que seducían a sus víctimas para sonsacarles información o para reclutarlas como agentes bajo coacción. Pero al cabo de unos días acabó convenciendo de que aquella había sido una sospecha ridícula, pues se acordó de que él no era más que un periodista de escasa experiencia, cuyos conocimientos más interesantes eran el idioma inglés, a un buen nivel, y el ruso, a un nivel casi de párvulo.

Cuando llevaban algo más de tres semanas saliendo juntos, Tatiana y él ya se habían contado sus respectivas vidas y se habían confiado algunas de sus ilusiones y secretos más íntimos. Él no dudó en hablarle de su anterior y frustrado matrimonio; y ella le explicó que era huérfana desde muy niña, que estaba afiliada desde los quince años al Konsomol, las juventudes comunistas, y que le gustaba mucho su trabajo, aunque, por encima de todo, lo que más deseaba, su mayor anhelo, era viajar algún día a Europa occidental o, mejor aún, a Estados Unidos, para quedarse a vivir siempre allí.

Precisamente por las mismas fechas, Andrés convenció a Tatiana, que ya en ese entonces era Tati, para que aceptase acompañarle una tarde a su apartamento. Su sonrisa se amplió ahora en el parque Gorka al recordar aquel acontecimiento, pues le divertía volver a ver el apuro que ambos sintieron al entrar en el portal de la calle Sverdlova, donde él había conseguido alquilar un ínfimo estudio, bajo la inquisidora mirada del upravdom, apócope con que se conocía a esa mezcla de portero, administrador de fincas y vigilante que, al servicio de la KGB, había en todos los bloques de viviendas. Sin duda, pensó Andrés, la desaparición del upravdom era uno de los mayores avances que habían experimentado los ciudadanos urbanos de Rusia.

Pero justamente cuando empezaba a revivir el momento en que ambos se fundieron sobre el desvencijado catre de su apartamento, Tati llegó al banco y Andrés debió cerrar las puertas de su memoria.

© Gerardo Muñoz Lorente